

¿Por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo? Una cuestión de futuro¹

Gaspar Hernández Peludo

Facultad de Teología UPSA

Cuando el Sr. Decano de la Facultad de Teología me invitó a tener el discurso de graduación de las tres facultades “eclesiásticas” de la Universidad Pontificia de Salamanca me pregunté inmediatamente: ¿no habría algún tema que “hiciera de puente” y pudiera conducirnos a todos “*versus unum*” y, de esta forma, poner en acto, aunque fuera en mínima medida, la vocación de esta universidad, inscrita en su propio nombre? Pensé entonces en reflexionar sobre una cuestión que se viene planteando desde hace ya mucho tiempo entre los historiadores y teólogos: ¿Por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo? Precisamente este es el título de una pequeña obra – traducida recientemente al español – del profesor Christoph Marksches, de la universidad de Berlín², que es sólo un ejemplo de

¹ Discurso pronunciado en el Acto de graduación de las facultades de teología, filosofía y humanidades, y derecho canónico de la Universidad Pontificia de Salamanca el 1 de junio de 2013. Se ha mantenido, en lo posible dentro de una revista científica como esta, el estilo directo del mismo añadiéndole las referencias bibliográficas pertinentes.

² Cf. Ch. Marksches, *¿Por qué sobrevivió el cristianismo en el mundo antiguo? Contribución al diálogo entre la historia eclesiástica y la teología sistemática*, Salamanca 2009 (orig. alemán: *Warum hat das Christentum in der Antike überlebt?*, Leipzig 2006, 3. Auflage). Esta obra desarrolla las intuiciones apuntadas en la conclusión de otra anterior del mismo autor cf. Íd., *Estructuras del mundo antiguo. Un viaje entre dos mundos*, Madrid 2001. El original alemán (Frankfurt a. M. 1997) tiene como título el subtítulo español *Zwischen den Welten wandern* expresando la tesis fundamental de la obra según la cual el cristianismo en el mundo antiguo fue un puente entre dos mundos, el rural y el urbano, este mundo y la vida eterna, en alusión a una citación de san Agustín, *Sermo* 344,4 – que recuerda las afirmaciones de *Ad Diognetum* VI – según la cual los cristianos “amaban en verdad esta vida pero supieron valorar y pensaron que cuánto más

otros tantos estudios sobre el tema recientes³ o ya clásicos⁴, y que constituye –en palabras de G. Bardy– “uno de los enigmas más irritantes que plantea la historia”⁵.

Aparentemente podría parecernos un asunto del pasado interesante sólo para los historiadores o curiosos. Sin embargo, las analogías entre la situación sociocultural en crisis donde se expandió el cristianismo naciente y la nuestra⁶, así como la necesidad en dicha situación de una “nueva evangelización” sobre la que se nos está invitando a reflexionar de manera especial en este año de la fe, dan a la cuestión una enorme actualidad. Así, podríamos preguntarnos: algunas de las razones por las que el cristianismo sobrevivió en el mundo antiguo ¿no podrán ser las mismas que, redescubiertas y actualizadas a la altura de este tiempo histórico, lo hagan revivir en el momento presente y en el futuro? ¿No está detrás de dichas razones la respuesta a cuestiones humanas siempre permanentes? De ahí, el

amarían las cosas eternas si eran capaces de amar tan profundamente las cosas perecederas”. También cf. H. G. Gadamer, *La herencia de Europa*, Barcelona 1990, 116ss (“Ciudadanos de dos mundos”) cit. por L. Otero León, “*Ciudadanos de dos mundos: lo mejor de la herencia europea según H.G. Gadamer*”, *A parte Rei* 57 (2008) 1-9.

³ Un buen resumen de los resultados recientes sobre el mismo en forma divulgativa aunque sin perder profundidad cf. K. Berger, *Los primeros cristianos*, Santander 2011, 257-295 (“Hacia una religión mundial”).

⁴ Cf. A. von Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, Wiesbaden 1924, 4. Auflage. Una amplia bibliografía sobre el tema cf. Ch. Markshies, *¿Por qué sobrevivió...?*

⁵ G. Bardy, *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos*, Madrid 1990 (orig. francés: *La conversion au Christianisme durant les premiers siècles*, Paris 1961), 12. Se trata de una obra clásica sobre el tema presentando primero el sentido de la conversión en el mundo grecorromano, filosófico y judío para centrarse después en la conversión al cristianismo: sus motivos, sus exigencias, sus obstáculos y su método, con un capítulo final dedicado a la apostasía como lo contrario a la conversión.

⁶ Cf. A.G. Hamman, *La vida cotidiana de los primeros cristianos. Un apasionante viaje por nuestras raíces*, Madrid 2006, 8 ed. La conexión entre la crisis política, económica, social y cultural del imperio romano y el auge del cristianismo no tuvo por qué ser automática, pero este último sí ofreció un horizonte de anchura y esperanza en una “edad de angustia”, expresada de forma dramática en unos versos de la *Anthologia Palatina*: “El mundo es un escenario y la vida un juguete/ disfrazate e interpreta tu papel;/ pero desecha todo pensamiento serio/ para que no se te rompa el corazón”. Cit. por Ch. Markshies, *Estructuras del cristianismo antiguo...*, 214. En este sentido, el cristianismo más que “causa” de la crisis del Imperio romano – como defendió E. Gibbon en *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* en la línea de los pensadores antiguos críticos del cristianismo – fue una “salida” de esperanza.

subtítulo de esta reflexión (“Una cuestión de futuro”). Parafraseando un texto que el filósofo alemán H.G. Gadamer refería a Europa, podríamos decir también del cristianismo y de la propia existencia personal que sólo podremos preguntarnos qué será de nosotros en el futuro e incluso qué somos en la actualidad, cuestionándonos antes cómo nos hemos convertido en lo que hoy somos⁷. La memoria del pasado explica nuestro presente y es impulso renovador para el mañana siempre abierto.

De momento, como el autor anónimo de la *Carta a Diogneto* que se preguntaba en el s. II por lo mismo que nosotros, “suplico a Dios, que es quien nos concede lo mismo el hablar que el oír, que a mí me conceda hablar de manera que mi discurso redunde en provecho vuestro, y a vosotros el oír, de modo que no tenga por qué entristecerse el que os dirigió la palabra”⁸.

Junto con la afirmación de la providencia divina que guía las etapas de la historia haciéndola historia de salvación, los especialistas antes citados han señalado que, entre las razones del éxito del cristianismo en el mundo antiguo, estarían las siguientes: la singularidad absoluta de Jesús, muerto y resucitado y su autoridad moral; el testimonio de los cristianos en su vida y en su muerte martirial que impresionó y cuestionó profundamente a sus contemporáneos; la “sencillez” de su doctrina en torno a una nueva comprensión del Dios único de la que se derivaba una visión de toda persona “hombre o mujer, esclavo o libre, judío o griego” (Ga 3,28) con un valor infinito; el desarrollo de una teología cristiana no reducida sólo a la explicación filosófica del orden del mundo sino también como respuesta a los grandes interrogantes existenciales del hombre; una ética coherente con su doctrina fundada en preceptos claros pero, a un tiempo, exigentes y renovadores de la sociedad superando – por ejemplo – el *ius vitae necisque* o el derecho a la ‘venganza desmedida’ de los romanos; la vivencia del amor y de la misericordia, desde la práctica de la limosna o el servicio social desinteresado por todo hombre, especialmente por los más débiles, esclavos, niños, enfermos, mujeres, presos o ancianos, de manera que se decía “mirad cómo se aman” (cf. Tertuliano, *Apollogeticum*); unido a todo esto el perdón de la culpa personal que daba la posibilidad de ser un “hombre nuevo” viviendo

⁷ Cf. H.G. Gadamer, *La herencia de Europa*, Barcelona 1990.

⁸ *A Diogneto* I (BAC 65, 845).

una “vida nueva”⁹ y, finalmente, el “nuevo sentimiento de unidad” –en palabras de M. Weber– aportado por el cristianismo, con la conciencia de ser una “tercera raza” integradora de todos los pueblos y culturas en una fraternidad verdaderamente universal¹⁰.

Ahora bien, todo esto ¿qué tiene que ver con nuestras tres facultades? Vayamos paso por paso. En vísperas del nuevo milenio se organizó en la universidad de la Sorbona de París un Simposio con un curioso título: *Dos mil años después ¿de qué?* En él participó el entonces cardenal Ratzinger con una conferencia titulada: *Cristianismo. La victoria de la inteligencia sobre el mundo de las religiones*. En ella defendía que las razones que han hecho del cristianismo en la historia una religión universal han sido, por un lado, “la unión de la fe con la razón”, esto es, la apertura a la racionalidad filosófica y a la cuestión de la verdad, frente a toda apariencia y a toda la religiosidad mítica del paganismo y, por otro lado, “la orientación de la acción hacia la *caritas*”, es decir, la seriedad moral del cristianismo. En definitiva, “la síntesis entre razón, fe y vida”, que hizo del cristianismo una religión con pretensión de verdad universal ofrecida y no impuesta. Rehacer esta síntesis –concluía el cardenal– es el problema de la Iglesia y de la teología actuales¹¹. A su conferencia respondió en debate abierto el cardenal de Lyon, P. Eyt, con un artículo publicado en *La Croix* subrayando la importancia que, junto con los factores se-

⁹ Cf. Cipriano de Cartago, *A Donato* 4 (BAC 241,109); Justino, *I Apología* 14,1-3 (BAC 116, 194-195).

¹⁰ Cf. Un desarrollo de estos argumentos en Ch. Marksches, *¿Por qué sobrevivió...?*, 60-74; K. Berger, *Los primeros cristianos*, 258-295. Este último autor resume todos sus argumentos en estas palabras: “El cristianismo surge como un retoño del tronco de la esperanza de fe del pueblo de Israel, con el que está unido para siempre. En él desemboca la gran riqueza espiritual de la verdad profética en el mensaje de la amistad de Dios con los hombres que aparece en Jesucristo y es aplicado a *todos* los hombres, de modo que es en la misión a los gentiles donde experimenta su globalización, que brota necesariamente desde su propio interior. Esta amistad de Dios, demostrada hasta la entrega en la cruz, tiene –o debería tener– como consecuencia inmediata la amistad de los cristianos hacia los hombres. Por eso el evangelio llegaba primero a los pequeños, a los pobres, los esclavos y las mujeres oprimidas de la Antigüedad, que se convirtieron a su vez en portadores del mensaje liberador” (p. 294-295).

¹¹ La conferencia fue pronunciada el 27.11.1999 y publicada inicialmente en *Le Monde* y *La Croix* (3.12.1999) en forma resumida y de forma completa en *La Documentation Catholique* 1 (2000) 29-35 en francés y, en español, en *30 Días* 1 (2000) 33-44. Puede consultarse en J. Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia. El cristianismo y las religiones del mundo*, Salamanca 2005, 2 ed., 142-160 (“El cristianismo ¿la verdadera religión?” Todo el capítulo 2 de esta obra (“¿La verdad del cristianismo?”) desarrolla ampliamente las tesis de la conferencia referida.

ñalados por Ratzinger, tuvieron también el derecho y los problemas institucionales en el desarrollo del cristianismo naciente¹².

El pensador alemán A. von Harnack un siglo antes ya había afirmado que la potencia del cristianismo primitivo se debió a su capacidad para realizar –siguiendo el misterio de Cristo, Dios y hombre, y de la Trinidad, tres personas en una naturaleza– una admirable “*complexio oppositorum*”, una síntesis sencilla en la complejidad¹³. Pues bien, del debate entre los dos cardenales alemán y francés podemos concluir que el éxito del cristianismo en el mundo antiguo se debió, además de las razones aducidas más arriba, a esa admirable síntesis entre la razón griega, el derecho romano y el amor genuinamente cristiano o, si se quiere, entre el *Logos*, el *Ius*, y el *Agape*.

Y es precisamente aquí donde nuestras tres Facultades están llamadas a cooperar en la complejidad de la unidad. El cristianismo es la religión del “*Logos*”. Así comienza el Evangelio de Juan –recapitulando en cierto modo los caminos de la fe bíblica desde el Génesis¹⁴– “*al principio existía el Logos y el Logos estaba junto a Dios, y el Logos era Dios; por medio de Él se hizo todo y sin Él no se hizo nada de lo que fue hecho. En Él había vida y la vida era la luz de los hombres... Y el Logos se hizo carne y habitó entre nosotros*” (Jn 1,1-3.14). Para el cristianismo el Logos es Dios. Toda la creación ha sido hecha por el Logos y por Él salvada y, por ende, como recordó Benedicto XVI en su inolvidable discurso en Ratisbona, “no actuar según la razón es

¹² Cf. P. Eyt, “Para una evolución de las relaciones fe y razón”, publicada primero en *La Croix* (9.12.99) y la respuesta de J.Ratzinger a P. Eyt en “Fe, razón e instituciones de la Iglesia” publicada también en *La Croix* (30.12.99) y luego publicadas ambas en castellano en *30 Días* 2 (2000) 32-35.

¹³ Cf. A. von Harnack, *Die Mission und Ausbreitung...*, 111-331, esp. p. 111-114. Harnack, siguiendo su conocida tesis de la helenización del cristianismo, considera que la victoria del cristianismo primitivo fue fruto de un “sincretismo de carácter universal” entre elementos contrapuestos, especialmente entre fe y filosofía. Victoria –afirma– que no ha garantizado su continuidad en la historia. Al contrario “su continuidad descansa más bien sobre elementos sencillos: sobre la predicación del Dios vivo como Padre y la imagen de Jesucristo, tal como en los Evangelios se indica e ilumina”. Más aún, concluye, su continuidad “descansa incluso en la capacidad de librarse de aquel sincretismo global y unirse con otros coeficientes”. Y eso, según él, ha comenzado con la Reforma protestante (cf. p. 324-331). Para una respuesta a estas tesis, entre otras, cf. Benedicto XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona* (12.9.2006). En el cristianismo la “*complexio oppositorum*” no es un “sincretismo” de elementos contrapuestos sino la síntesis sencilla de la complejidad.

¹⁴ Cf. Benedicto XVI, *Discurso en la Universidad de Ratisbona* (12.9.2006).

contrario a la naturaleza de Dios¹⁵. *Logos* es un término polisémico que significa a un tiempo razón, palabra y sentido. Por eso, desde el principio, el cristianismo ha entrado en relación con la filosofía y las filosofías como búsqueda de la verdad y amor por la sabiduría¹⁶. Los Padres apologetas, singularmente S. Justino, se esforzaron en mostrar que el cristianismo era la “verdadera filosofía” en tanto que lleva a plenitud, en el *Logos* hecho carne (*Logos total*), las distintas “semillas de la verdad” (*semina Verbi*) plantadas por ese mismo *Logos* en cada hombre en tanto racional y en la historia de los hombres¹⁷. Esta bella tarea, en el ancho horizonte del *Logos*, estudiando las palabras, buscando las razones, indagando el sentido de la vida humana, es propia de la facultad de filosofía y humanidades.

Pero el *Logos* en el cristianismo no es una razón fría sino una persona en la que el Amor de Dios se comunica al hombre. Encontramos así el segundo pilar del cristianismo naciente: el *Agape*. El misterio de Dios revelado por Cristo en el Espíritu Santo se resume en esa afirmación de 1 Jn 4,8: “*Deus caritas est*”¹⁸. *Agape* es amor entre-

¹⁵ *Ibid.*, citando literalmente las palabras de Manuel II Paleólogo en su diálogo con un persa (cf. *Manuel II Paleólogo, Entretiens avec un Musulman. 7^e controverse*: SCh 115, 144-145), haciéndose eco de la mejor tradición de la patrística oriental, especialmente de los apologetas. Justino ya distinguía entre los que “viven sin razón” (*áneu lógou*) y los que “viven con razón” (*metà lógou*) para diferenciar a los no cristianos de los cristianos. Vivir según la razón humana, en tanto que participación del *Logos* creador, es ya vivir según Cristo. Cf. *I Apología* 46,4 (BAC 116,233).

¹⁶ Una de las tesis más reiteradas por J. Ratzinger en sus obras es que uno de los aspectos más revolucionarios del cristianismo antiguo fue que no entró en relación con las religiones paganas sino con la filosofía porque las primeras estaban dominadas por la “costumbre” mientras el cristianismo estaba movido por el amor a la verdad, refiriéndose a una cita de Tertuliano, *De Virg.* I,1: “Cristo no dijo: ‘yo soy la costumbre’ (*consuetudo*) sino ‘yo soy la verdad’ (*veritas*)”. Cf. Benedicto XVI, *Discurso en la entrega del Premio Ratzinger en su primera edición* (30.6.2011).

¹⁷ Cf. Justino, *I Apología* 46,1-4 (BAC 116, 232-233); *II Apología* 8,1-3 (269); 13,3-6 (276-277). La propia biografía del santo filósofo y mártir es una búsqueda de la verdad a través de las diversas escuelas filosóficas hasta el encuentro con el *Logos* revelado en los profetas y encarnado en Jesús, tal como él mismo relata en *Diálogo con Trifón* 2-8 (BAC 116, 302-316). La argumentación de los Padres apologetas se sitúa en este orden acentuando unos más la continuidad (Justino, Atenágoras) y otros la discontinuidad (Taciano, Teófilo de Antioquía) entre la(s) filosofía(s) griega(s) y el cristianismo. Sobre la relación cristianismo-filosofía griega cf. A.J. Festugière, *La esencia de la tragedia griega*, Barcelona 1986, 113-126 (“Pensamiento griego y pensamiento cristiano”).

¹⁸ Cf. G. Bardy, *La conversión al cristianismo...*, 184: “Nadie entre los dioses de los misterios ha venido a salvar a los hombres. Nadie ha muerto por ellos... Jesús había nacido de la Virgen María. Había sufrido bajo el poder de Poncio Pilato: esta

gado desinteresadamente que purifica el éxtasis egoísta del “eros” y supera la fuerza unitiva de la “filia”¹⁹. La teología tiene como objeto precisamente “dar razón” de la fe y de la esperanza (cf. 1 Pe 3,15) en ese Dios personal que se ha revelado a los hombres como *Agape*, ser inteligencia del amor y del Amado –como diría S. Buenaventura²⁰– o, si se quiere, “amor que busca inteligencia”²¹.

Ahora bien, *Logos* y *Agape* no son poderes abstractos sino fuerzas creadoras de orden y armonía, siguiendo la lógica de la encarnación: suscitan una comunión organizada, generan un *ius* (derecho) nuevo y una nueva justicia social. Los santos Padres decían que en Dios mismo (*theologia*) había una “*taxis*”, es decir, un orden, revelado en la historia de la salvación que es, por ello, una “*economía*”, esto es, una dispensación ordenada en etapas²². Dios hace las cosas con orden. Ordenó la creación con su palabra (cf. Gn 1,1-2,4) y, por eso, sus palabras son “ley” normativa y camino liberador para Israel (cf. Ex 20,1ss; Dt 5,1ss; Dt 30,16)²³. De hecho, entre los primeros géneros de la literatura cristiana antigua, están las llamadas ordenanzas

pequeñísima frase de nuestro símbolo, estas palabras en apariencia insignificantes, pero cargadas de historia, son la revelación del amor. Bastan para hacer del cristianismo una religión única, aparte y por encima de todas las demás”.

¹⁹ Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* (25.12.2005).

²⁰ Cf. San Buenaventura, *Breviloquium*, prol. 5; *Proemium in I Sent.* q. 2-3. En su definición de la teología como ciencia, S. Buenaventura acentúa más el amor de Dios como destino último del hombre, mientras Sto. Tomás subrayaba más la visión y el conocimiento de Dios (cf. *Summa Theologiae* I q. 1, art. 4). La espiritualidad franciscana y, especialmente la influencia del Pseudodionisio Aeropagita, hacen que el santo de Bagnoreggio considere que en el itinerario del hombre hacia Dios haya un punto en que la razón humana ya no ve pero el amor ve aún en la noche (cf. *Itinerarium mentis in Deum* VII,1-6).

²¹ Cf. J.M. McDermott, *Amor quaerens intellectum. Pierre Rousselot's understanding of the intellect-will relating in a christological perspective*, Romae 1976. Con dicha expresión este autor quiere expresar la aportación singular a la epistemología teológica de P. Rousselot completando el conocido paradigma anselmiano “fides quaerens intellectum”. Tesis profundizada y ampliada en Íd., *Love and understanding*, Roma 1983. Una obra capital del P. Rousselot sobre el tema es *Pour l'histoire du problème de l'amour au Moyen Age*, Münster 1908 (tr. esp. *El problema del amor en la Edad Media*, Madrid 2004).

²² Cf. San Gregorio Nacianceno, *Oratio* XXIX,2; XXI,25-26 (BPa 30,145-147; 251-254) entre otros muchos textos.

²³ La Ley de Dios (*Torah*) se resume en el “decálogo” (las “diez palabras”: cf. Ex 34,28; Dt 4, 13; 10, 4; Os 4, 2; Jr 7, 9; Ez 18, 5-9) y éste, a su vez, comienza y se sintetiza en el mandamiento del amor a Dios por encima de todo y al prójimo como a sí mismo (cf. Dt 6,4ss; Mt 22,34-40 y par.). De este modo, en la concepción de la Ley israelita podríamos percibir una preparación a la síntesis genuina del cristianismo aunando palabra, ley y amor. La palabra de Dios, expresión de su voluntad

eclesiásticas, a las que pertenecen la *Didaché*, la *Traditio apostolica* o las *Constitutiones apostolorum*²⁴ donde se regula la vida de las comunidades cristianas en sus diversas dimensiones (ética, catecumenado, liturgia, ministerios y carismas...). La finalidad del derecho canónico es justamente servir en la Iglesia a la organización “lógica” de la “cáritas”. No por casualidad el último de los cánones del *Código* occidental actual afirma que “*la ley suprema de la Iglesia debe ser siempre la salvación de las almas*” (CIC 1752), que es otra forma de decir que la ley suprema es la ya dada por el Señor en el doble mandamiento del amor que en Él se hace un mandato nuevo y único (cf. Mc 12,28-34 y par.; Jn 13,34-35).

El drama de la universidad actual es que, a veces, encerrándose en la multiplicidad de especialidades, olvida la vocación que lleva inscrita en su nombre: caminar hacia la unidad de la verdad (*universitas*). La síntesis armoniosa *Logos-Agape-Ius* fue una de las razones más potentes del éxito del cristianismo en el mundo antiguo y es también el reto siempre nuevo que nuestras tres facultades tienen en esta universidad y en la sociedad como servicio al hombre. Una razón sin amor sería fundamentalismo y, sin orden, derivaría en locura; un amor sin razón sería sentimentalismo vacío y, sin orden, carecería de eficacia; un derecho-orden sin razón sería arbitrariedad y, sin amor, se convertiría en justicia inhumana y oprimente²⁵. Lo sabemos por experiencia histórica. Pero, en armonía, mutuamente se purifican y hacen crecer al hombre, a la sociedad y a la Iglesia.

En el fondo, estas tres palabras antiguas, ¿no son también la respuesta a los grandes interrogantes que seguimos haciéndonos los hombres de una u otra forma, y que Kant sintetizó al comienzo de la Era moderna en sus famosas tres cuestiones: “qué puedo conocer, qué debo hacer, qué me cabe esperar”? ¿Su armonización no constituyó desde antiguo el ideal de una educación plenamente humana inspirada en el Evangelio?²⁶ Verdad, caridad y justicia como garantía

y fundamento de la armonía del cosmos, son para el israelita “norma” guía en el camino de la vida y ésta se abrevia en el amor.

²⁴ Para una aproximación a las mismas cf. la Introducción de J.J. Ayán Calvo en *Constitutiones apostólicas*, BPa 82, Madrid 2010, 5-23.

²⁵ Cf. J. Ratzinger, “Fe, razón e instituciones en la Iglesia”, *30 Días* 18-2 (2000) 33-35; Íd., *Fe, verdad y tolerancia...*, 183-222 (“La verdad-la tolerancia-la libertad”).

²⁶ Así aparece, entre otras, en la obra de S. Basilio Magno, *A los jóvenes*, síntesis de cultura clásica y cristianismo, donde el autor invita a sus sobrinos a rehuir el “vivir pendiente del qué dirán” y el “tener en cuenta el parecer de la mayoría” para “hacer de la recta razón guía de la vida”, comprendiendo por sí mismos lo que han de hacer y arriesgando la vida por el bien (IX,27: BPa 83,66).

de la verdadera libertad que hacen resplandecer “la esperanza que salva” han sido también los grandes conceptos sobre los que se ha fundado el magisterio del Papa emérito Benedicto XVI²⁷ cuya renuncia nos ha sorprendido a todos durante este curso académico, dando paso al Papa Francisco, que nos sigue exhortando a vivir otra de las razones de supervivencia del cristianismo desde antiguo: la fraternidad universal fundada en la misericordia evangélica²⁸.

En tres textos significativos se conjuntan las tres palabras clave del cristianismo sobre las que hemos reflexionado. En el primero, tomado de la carta a los Efesios, el autor inspirado presenta la Iglesia como cuerpo en edificación y crecimiento hacia la Cabeza, que es Cristo, con la fuerza de la verdad, realizada en el amor y articulada en las diversas “junturas” que lo nutren, venciendo así la inconsistencia de quienes se dejan llevar infantilmente por todo tipo de doctrinas:

“Para que no seamos ya niños, sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con argucia conduce al error; sino que realizando la *verdad* en el *amor*, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza, Cristo, del cual todo el cuerpo, bien *ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas* que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor” (Ef 4,14-16).

Un texto del Concilio Vaticano II, cuyo 50 aniversario de inauguración estamos celebrando, conjuga de nuevo verdad, amor y justicia en la libertad, como fundamentos del orden social al servicio del orden personal, inspirándose en un conocido pasaje de la encíclica de Juan XXIII, *Pacem in terris*:

“El orden social, pues, y su progresivo desarrollo deben en todo momento subordinarse al bien de la persona, ya que el orden real debe someterse al orden personal, y no al contrario. El propio

Para ello, el hombre cristiano respecto al saber humano ha de imitar el orden y trabajo de las abejas que “no van por igual a todas las flores ni tampoco, en las que se posan, intentan llevárselas enteras, sino que toman lo que de ellas les conviene para su labor y el resto lo dejan hasta la próxima. Nosotros, si somos sensatos, sacaremos cuanto de esas obras nos sea familiar y connatural con la verdad, y pasaremos por alto lo restante” (IV,9: BPa 83,45).

²⁷ Cf. O. González de Cardedal, “Responsabilidad, humildad, grandeza”, *ABC* (12.2.2013) 66.

²⁸ Entre otros cf. Primeras palabras del Papa Francisco desde el Balcón de las Bendiciones de la Basílica de S. Pedro (13.3.2013); *Homilía en la toma de posesión de la Cátedra del Obispo de Roma* (7.4.2013); *Ángelus* (17.3.2013).

Señor lo advirtió cuando dijo que el sábado había sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. El orden social hay que desarrollarlo a diario, fundarlo en la *verdad*, edificarlo sobre la *justicia*, vivificarlo por el *amor*. Pero debe encontrar en la libertad un equilibrio cada día más humano. Para cumplir todos estos objetivos hay que proceder a una renovación de los espíritus y a profundas reformas de la sociedad” (GS 26).

Finalmente, podemos citar un último texto del papa Benedicto XVI sobre la importancia del cultivo de una auténtica teología, tomado del discurso que pronunció al conferir el I Premio Ratzinger a un teólogo de esta casa:

“Por eso es tan importante una auténtica teología. La fe recta orienta a la *razón* a abrirse a lo divino, para que, guiada por el *amor* a la verdad, pueda conocer a Dios más de cerca. La iniciativa para este camino pertenece a Dios, que ha puesto en el corazón del hombre la búsqueda de su Rostro. Por consiguiente, forman parte de la teología, por un lado, la humildad que se deja «tocar» por Dios; y, por otro, la *disciplina* que va unida al orden de la razón, preserva al amor de la ceguera y ayuda a desarrollar su fuerza visual”²⁹.

Querría terminar evocando una imagen que expresa mucho mejor que mis pobres palabras lo que he querido decir. A los pies del Aula Magna de nuestra universidad, el pintor Juan Ruiz Soriano representó la *Exaltación de la Compañía de Jesús*³⁰. En el lienzo aparece en la parte superior, en rompimiento de gloria, S. Ignacio de Loyola, revestido de ornamentos sacerdotales y envuelto en la luz de Cristo (IHS), portando en su mano derecha una banderola con la inscripción “*ad maiorem Dei gloriam*” y saliendo de su cingulo una filacteria con la cita de Is 12,3: “*haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris*”.

Debajo está representada una alegoría de la Sabiduría, sedente como una Madre y Reina que nos desvela sus secretos; en una mano tiene los lirios de la virginidad y en la otra un libro abierto; de su cingulo otra filacteria nos recuerda las palabras de Prov 5,16: “*deriventur fontes tui foras*”. Como frutos de ella están a sus pies los instrumentos de las diversas ciencias (la regla, el compás, la escuadra, el cartabón) y sus libros (de música, pintura, arquitectura y teología).

²⁹ Benedicto XVI, *Discurso en la entrega del Premio Ratzinger en su primera edición* (30.6.2011).

³⁰ Para un estudio de esta obra cf. M. Ruiz Maldonado, *El Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca. Antiguo General de Teología del Colegio Real de la Compañía de Jesús*, Salamanca 2009,71-90.

En torno a ella, mirándola y dejándose inspirar por ella, están reunidos los distintos maestros con sus nombres propios por especialidades: en los primeros bancos los “*theologi scholastici y dogmáticos*”, como Suárez, Molina, Belarmino o Petavio; después los exegetas y místicos, los moralistas y filósofos, los historiadores y canonistas, los matemáticos y astrónomos. En el extremo inferior del cuadro aparece el orbe de la tierra rodeado por una cartela con las palabras del Sal 18,5: “*in omnem terram exivit sonus eorum*”.

Pienso que es una buena imagen de lo que debe ser nuestra universidad, nuestras tres facultades y la vida de todo graduado en ellas: sentados en la escuela comunitaria de la sabiduría, bebiendo con gozo de las fuentes del Salvador y aprendiendo de los maestros, convertirse cada uno en fuente que riegue hacia fuera, de manera que “a toda la tierra alcance su pregón”, el pregón de la verdad, del amor, de la justicia y de la esperanza que el cristianismo puede seguir aportando a los hombres, como aportó a los antiguos.